

Indagación poética de la no dualidad del ser en Rafael Cadenas

Luz Marina Cruz

Universidad de Oriente

alasenlalluvia@hotmail.com

Fecha de envío: 3 de enero de 2021

Fecha de aprobación: 13 de marzo de 2021



..algo en mí no se abandona a la cascada de cenizas
que me arrasa dentro de mí con ella que es yo, conmigo
que soy ella
y que soy yo, indeciblemente distinta de ella.

Alejandra Pizamik

Resumen

Sostenemos aquí que los poemas que conforman los libros *Los Cuadernos del Destierro* (1960) y *Falsas Maniobras* (1966) recogen importantes ecos del budismo zen, los cuales se presentan en dichos libros como un juego de tensiones. El yo egocéntrico, atento a sus reiteradas desuniones, demasiado consciente de sí mismo y de su combate con un entorno social donde se siente un extranjero, se repliega ante el temor de una reificación. Ese yo intenta encontrarse en otros egos, en algunos instantes su ser es otro ser; incluso niega su ser para convertirse en la nada, no obstante, el dualismo se encima sobre él separándolo de su no-yo. Múltiples identidades, con las que no logra compenetrarse, escenifican una inautenticidad, protagonizada por actores actuando en una escena fallida. Estos poemas no ocultan el desamparo íntimo de un yo fragmentado que no encuentra reposo ni separado ni unido a ese esquivo no-yo. El asunto del yo desune. Se percibe, entonces, la búsqueda del *satori*. Rafael Cadenas explora dentro del pensamiento oriental para intentar enmendar el error a través del discurso poético. Un hablante lírico soberbio en su individualidad, intenta aprehender con una violencia casi lujuriosa esa no-dualidad necesaria. Observamos en estos dos libros a un ser dividido, renuente a integrarse y a la vez ansioso de hacerlo.

Palabras claves: poesía, el yo egocéntrico, dualidad, *satori*

Abstract

Poetic inquiry of the non duality of the being in Rafael Cadenas

We claim here that the poems contained in the books *Los Cuadernos del Destierro* (1960), and *Falsas Maniobras* (1966) show important echoes of Zen Buddhism, which are presented in the aforementioned works as a game of tensions. The egocentric self, attentive to its recurrent disjunctions, and too conscious about itself and the struggle with an alienating social surrounding, falls back before the fear of reification. That self tries to reach other egos; its being is another being at times; it even refuses its own being in order to become nothingness, however, the dualism seizes it and separates it from its non-self. The issue of the self disjoins. Then, the look for the *satori* is perceived. Rafael Cadenas explores the Oriental thought in order to make amends through the poetic discourse. A speaker that is superb in his individuality tries to seize with an almost lustful violence that needed non-duality. In these books we can appreciate a divided being, who refuses integration and, at the same time, longs for it.

Keywords: Poetry, Egocentric self, Duality, *Satori*.

El sistema de pensamiento occidental correlaciona el logos a la idea, explica la verdad como revelación del ser. Nuestro conocimiento se fundamenta en el método de la abstracción, es decir, definir las cosas simples alejándose de ellas hasta términos más remotos y generales. Para entender la realidad, la filosofía canónica desde Parménides hasta Husserl, ha instaurado esquemas opositivos y dualistas, tales como: verdad/ficción, significante / significado, naturaleza/mimesis, bien/mal, ser/no ser.

La angustia del hombre frente a esta escisión es la que acorrala a Hamlet y lo impulsa a decir: “Ser o no ser, he ahí el problema”. El Príncipe de Dinamarca se desgarró ante la fundamental decisión: enfrentar los sufrimientos que le impone el destino, o evadir el dolor de la existencia mediante un suicidio indigno. La separación intransigente entre el ser y el no ser desazona al personaje de Shakespeare y a gran parte de los occidentales, quienes nos sentimos unos parias del fluir del universo y de nosotros mismos.

De manera contrapuesta, el pensamiento oriental encuentra en el matrimonio de los contrarios y su final identidad un camino hacia la liberación del hombre. Con relación a lo anterior, Octavio Paz (1983:102) asegura: “El mundo occidental es el de ‘esto o aquello’; el

oriental, el del 'esto y aquello' y aun el de 'esto es aquello'. "Esta concepción de la vida que acerca el ser al no-ser hasta convertirlo en una no-dualidad se manifiesta en el zen, el taoísmo, el budismo y el budismo mahayana".

Cuando Rafael Cadenas escribe sus obras claves, *Los Cuadernos del Destierro* (1960) y *Falsas Maniobras* (1966), las diversas manifestaciones del misticismo oriental ejercían una honda influencia en los jóvenes de todo el mundo. La Generación Beat y el movimiento hippie, entre otros, intentaban sustituir la *american way of life* con las actitudes más naturales y anti-intelectuales del budismo zen, que se había instalado en la cultura japonesa desde el siglo XII, enriquecido con antiguas tradiciones chinas e hindúes. A pesar de la dificultad para traducir la escritura ideográfica china y de la arraigada bipolaridad de los patrones mentales occidentales, fue mucho lo que se aprendió del budismo zen en ese momento histórico. Por supuesto, las interpretaciones que se hicieron del zen en esa época mundialmente conflictiva y cambiante no fueron ni las más fidedignas ni las más profundas.

El zen tocó a Rafael Cadenas y lo marcó irremediablemente como poeta. En *Los Cuadernos del Destierro* y en *Falsas Maniobras* se revela una visión de mundo que dice y desdice, afirma y niega concepciones básicas del budismo zen. Semejante a Hamlet, al hablante lírico de estos dos textos le angustia esa dicotomía de la individualidad. La voz poética desdobra su yo en múltiples actores, máscaras, moldes, espejos, sombras y fantasmas que luchan por integrar su yo a la nada del despertar zen. Es ese yo egocéntrico, atento a sus reiteradas desuniones, demasiado consciente de sí mismo y de su combate con un entorno social donde se siente un extranjero, el que muchas veces se repliega ante la posibilidad de rozar la iluminación. Intenta encontrarse en otros egos, en algunos instantes su ser es otro ser, incluso niega su ser para convertirse en la nada, mas los patrones mentales dualistas se enciman sobre él y termina por separar su yo de su no-yo, considerándolos como entes distintos, ajenos y particulares en sus diferencias.

En el poema que inicia *Los Cuadernos del Destierro*, el hablante lírico afirma y niega constantemente su yo. Nos asegura que su ser se corresponde con el de la raza indígena: "Yo pertenecía a un pueblo de grandes comedores de serpientes, sensuales, vehementes, silenciosos y aptos para enloquecer de amor." (Cadenas; 1979:7). Unos versos más adelante nos sume en la confusión cuando manifiesta que sus raíces étnicas contradicen la magia, la pasión y la libertad del pueblo de comedores de serpientes:

Mis antepasados no habían danzado jamás a la luz de la luna, eran incapaces de leer las señales de las aves en el cielo como oscuros mandamientos de exterminio... (Ibid.7).

Está dividido entre dos mundos: por un lado, su pueblo, al que se siente afectivamente atado y decide su destino; por el otro, sus raíces, que rigen parte de su carácter a pesar de sí mismo: "De ella me viene el gusto por las alcobas sombrías, las puertas a medio cerrar, los muebles primorosamente labrados..." (p. 7). La búsqueda del yo se prolonga en el poema donde admite ser el "envés del dado" y concluye que su existencia ha sido contradictoria, "...de ignominias y dulzuras, rupturas y reuniones, esplendores y derrumbes." (p. 9). Su porvenir está signado por el desdoblamiento, así se lo anunciaron los brujos:

Un día comenzó la mudanza de los rostros. Uno suplantaba a otro, sin cese. Tal día fueron cien, tal otro, mil: todos escenificaban una danza de posesos sobre mis hombros (p. 9).

Se siente invadido por esas múltiples identidades con las que no logra compenetrarse, pues percibe su inautenticidad de malos actores montando una escena no lograda. Descubre angustiado la pérdida del ser dentro del torbellino de máscaras de su existencia: "Mi rostro ¿dónde estaba? Debí admitir, tras dolorosa evidencia, que lo había perdido." (p. 9). Necesita identificarse con un yo individual que impide la consumación de los contrarios y la plena liberación. Sin embargo, en un texto posterior el ser y el no-ser logran fundirse hasta que... "sólo existe el haz indivisible de la amorosa conjunción." (p. 11). Experimenta la sensación indecible al consustanciarse con la armonía de los seres y las cosas que antes sólo lo rodeaban y ahora forman junto a él una realidad plena:

Ahora mi corazón silbante, clarividente y numeroso riega sus sentencias prenatales, sus aromas yodados, sus impacencias pueriles, sus rumores de moscardón sobre la cebada... (p. 11)

La unión es total, el pasado se confunde con el presente y el futuro. En los sonidos y olores de la naturaleza el hablante lírico encuentra la paz que antes no tenía. Un vacío de "Aguas en la memoria, absolutas como los desiertos..." (p. 11) es la respuesta para quien ha sabido despojarse de un ego envanecido y se deja entrever con la humildad de una gota de agua o de un grano de arena.

La duda no da tregua: si en el verso anterior se muestra rendido ante la nada, ahora se manifiesta orgulloso y prepotente. Nos anuncia su fuga e inmediatamente reconoce que es imposible: "HE huido. Proclamo mi fuga, héroes generosos, pero estoy aquí. En realidad nadie puede huir." (p. 29). En esta proclama advertimos un deseo de llamar la atención que lo aleja completamente de la iluminación antes alcanzada. La disidencia es irremediable: el yo intenta escapar mientras el no-yo permanece. Reconoce que la

individualidad es una concepción falsa y únicamente existe la certeza de la nada: “Sólo hay este hueco que dejamos al movernos para que ensanchándolo o reduciéndolo otro lo ocupe.” (p. 29). En el poema que cierra *Los Cuadernos del Destierro*, experimenta un sosiego que intuimos relativo, una calma que puede ser vulnerada en cualquier instante. Aparentemente se encuentra en paz consigo mismo. Ha recobrado su nombre y puede ocupar un lugar en el mundo mediante el ejercicio de la razón: “Mi razón ha vuelto a su sitio y a él se ajusta como a la almendra su máscara” (p. 67). Tales argumentos intentan ocultar el desamparo íntimo de un yo fragmentado que no encuentra reposo ni separado ni unido a ese esquivo no-yo: “No tendré paz si tú regresas, si no regresas.” (p. 68). Se niega la posibilidad de encontrar la verdad de la iluminación: la busca con desesperación y se aleja más de ella; o engaña sus verdaderos sentimientos con las barreras del entendimiento occidental. De esta manera, la arraigada noción de individualidad se convierte en su adversario: “¡Oh!, tú mi enemigo, dentro de mí, entrégame las llaves definitivas para abrir el más claro aire, las arcas transparentes.” (p. 68).

Falsas Maniobras abre con un texto, especie de preludeo poético, en el cual el hablante lírico hace un recuento de sus constantes desuniones. Reconoce ante sus lectores que en el pasado su yo se ha multiplicado innumerables veces para complacer el gusto de su entorno social, inclusive, relegando su yo auténtico, oculto de las miradas indiscretas. Asegura que los papeles representados lo perseguían transformados en amenazantes “espectros enfermizos”, “habitantes desunidos” y “sombras de ninguna región”. Reemprende la búsqueda de la armonía, pero esta vez tratará de encontrarla sin afán entre las hendijas de las cosas simples:

Tal vez el secreto de lo apacible esté allí, entre líneas, como un resplandor innominado, y mi soberbia injustificada ceda el paso a una gran paz, una alegría sobria, una rectitud inmediata (p. 73).

Se dispersa en varias individualidades e intenta cumplir con el rol de esposo en “Aprendiz de cónyuge”, La intención de asumir los deberes conyugales desaparece en cada escape de su ser dividido. Se propone hacerlo mejor en el siguiente matrimonio, mas el otro yo actúa contrariamente a su deseo. La distancia que lo separa de cada uno de los esposos en que se transforma se corresponde con el uso de un discurso poético violentado en su aspecto sintáctico: “La segunda un día no pudo encontrarlo aunque me buscó entre las ropas, los estantes...” (p. 88). La disyunción de su identidad en más de cuatro esposos inquieta al sujeto poético, pero no parece molestar en demasía a sus distintas mujeres, quienes se han acostumbrado a las constantes ausencias:

Lo curioso es que ellas son más o menos felices (quiero decir que han hecho sus arreglos), pero el esposo de todas vive perturbado por sus propias desapariciones, en constante estado de alarma, atisbando (p. 88).

En “Los dos inútiles” le niega la entrada al ser que fue. La maltrecha identidad del pasado trata de ganarse su aprobación para tener un espacio donde cobijarse, pero el ser del presente lo rechaza con frialdad: “He decidido dejarlo fuera con una palabra tajante.” (p. 95). Mira hacia el futuro, busca su yo del porvenir, pero éste se rehúsa al encuentro o se deja escuchar y huye posteriormente. Se nos muestra desvalido, huérfano de un ego, negado a poseer un yo que se le escapa: “Mi perturbador puntual, siempre frente a mí con su enjambre de reticencias, huyéndome en susurros.” (p. 95).

Logra experimentar nuevamente la experiencia del satori en “Vacío Su ser y su no-ser logran acoplarse en un instante privilegiado en el que están “Limpios los dos como un desierto.” (p. 97). La sensación es indescriptible, la nada los acoge en su paz absoluta. La angustia ante la escisión del yo desaparece y la pureza del momento no se puede tocar. El pasado y el futuro no cuentan, el yo y el no-yo se unen en un ahora inefable que se expresa en un contrasentido: “Solamente llevo lo que me he quitado.” (p. 97).

La temática del yo que se desune vuelve a inquietarnos en el texto “El que es”. El hablante lírico manifiesta su indiferencia ante las afrentas de su entorno, pues su yo exterior es el guardián de un yo íntimo que permanece resguardado de cualquier amenaza foránea. El yo que se muestra desafiante es como el escudero del no-yo que se esconde “...oscuro, humilde y quieto...” (p. 105). La supervivencia del no-ser medroso y sin ninguna brillantez es más importante que la seguridad del ser arrojado y sobresaliente: Herirás al que puedes herir, al que no importa defender, al que no es nada.” (p. 105).

En el último poema de *Falsas Maniobras* el ser que logra reconocerse en su no-ser es uno con la nada irreproachable. Camina y está quieto en una realidad espiritual en la cual el tiempo no es hollado por el movimiento: “Mis pasos no me llevan mis pasos.” (p. 107). La encantación del momento se rasga cuando se empeña en repartir lo que considera como un tesoro entre su individualidad nuevamente desplegada: “Dividiremos el botín en tres pedazos, uno para ti y otro para mí.” (p. 107). La búsqueda del satori no concluye en este poema pues no se ha deslastrado de todos sus pensamientos convencionales. Debe posponer ese momento fugaz “. . . como cuchillo...” hasta que aprenda abonar con humildad la noción de un ego separado y enfrentado al vacío: “Aplacado como un reflejo, llegaré a ese filo.” (p. 108).

La cultura occidental ha magnificado las ideas que ha forjado para ordenar la realidad. También se ha apegado de manera absurda a la abstracción del ser y a la dualidad. Rafael Cadenas explora dentro del pensamiento oriental para intentar enmendar el error a través del discurso poético. En *Los Cuadernos del Destierro* apreciamos un hablante lírico soberbio en su individualidad, que intenta aprehender con una violencia casi lujuriosa esa no-dualidad necesaria para lograr el satori. Aunque en ocasiones experimenta la nada de la iluminación, el instante es roto por la afirmación de un ser dividido, renuente a integrarse y a la vez ansioso de hacerlo. En *Falsas Maniobras* la búsqueda de la conjunción del ser nos parece más honda, reposada y la sensación de armonía se intensifica. Continúa desplegándose en máscaras, atado como está a los convencionalismos positivos y a la palabra que es incapaz de decimos lo indecible. Sin embargo, en el último poema manifiesta la confianza de que a fuerza de intuición logrará difuminar su yo en el vado de la no-dualidad. La gracia y la fuerza de la anécdota zen, que transcribo seguidamente, resume la inutilidad del yo dentro de la cosmovisión oriental:

-¿Cuál es mi yo?-preguntó un monje a Tai Sui.

-Es mi yo - respondió éste.

-¿Cómo puede ser que mi yo sea tu yo?-dijo el monje.

-Es tuyo - concluyó Tai Sui.

Le preguntaron al maestro Siuan Cha esto mismo, y su respuesta fue:

-¿Qué ibas a hacer tú con un yo?

Bibliografía

Antolín M. y A. Embid (1977). *Introducción al Budismo Zen*. Barcelona: Barra!.

Cadenas, R. (1979). *Los Cuadernos del Destierro, Falsas Maniobras*, "Derrota". Caracas: Fundarte.

Paz, Oc. (1983). *El arco y la lira*. México: Fondo de Cultura Económica.